

# Historia de mi madre zamorana

Juan Bosco Estévez Fadón

## ¿LE SEGUIMOS DANDO A LA VIDA SUEÑOS?

Todos los escritores, comentaba a mi hija, deben enganchar desde el inicio. Sus relatos, historias o lo que sea escriban, deben atrapar al lector desde el comienzo, deben tener entonces un buen comienzo, y un buen escritor (parte difícil).

Esta historia es, por encima del relato de la vida de una emigrante que como diría Serrat nació en el Mediterráneo<sup>1</sup>, una historia de vida, una lección de vida y nada más. Algo tan fácil de pronunciar y tan difícil de expresar en palabra escrita, que sólo los que hemos vivido y sobrevivido a lecciones tan duras del destino o el azar, logramos, a duras penas. Espero que el letargo inicial, y las que ahora considero dulces agitaciones, de la que también es mi historia, no agoten al lector. Sin más, la historia de Aurora Fadón Gaspar: mi madre.

Nació el 1ro de marzo de 1905 en la casa paterna, ubicada en Argañín de Sayago. Es hija legítima de Don Manuel Fadón, ausente, natural de Villamar de la Ladu (*sic*)<sup>2</sup>, provincia de Zamora y de Agustina Gaspar, natural de Tudera<sup>3</sup>. Fue bautizada por Ildefonso Lozano Morgallo, cura párroco de la Iglesia de San Pelayo Mártir de Argañín, a los tres días del mes de marzo de 1905.

<sup>1</sup> Joan Manuel Serrat es un conocido cantante catalán quien tiene una canción muy famosa titulada *Nací en el Mediterráneo*.

<sup>2</sup> Villamar de Ladu, en el texto original, no existe en la provincia de Zamora, quizá se refiera a Villamayor de Ladre, localidad sayaguesa (N.E.).

<sup>3</sup> Pequeña población de la zona zamorana de Sayazo (N.E.)

Contaba que vivía en una casa radicada en una aldea, que hacía mucho frío y que en la casa se hacía casi toda la comida, desde el pan, hasta el proceso en el que se mataba el puerco y se hacían las morcillas. No recuerdo el medio que utilizaba para alumbrarse, pues no había energía eléctrica. El trabajo era muy duro, tenía un hermano llamado Mateo, sin embargo, no contaban con la presencia del padre, Manuel Fadón, que según ella había emigrado a la Argentina en busca de fortuna.

Decía mi madre que la zona tenía grandes viñedos, y cuando llegaba la época de recolección, todos se incorporaban a esta tarea. Después, para hacer el vino, se tomaban tanques o platones de madera donde se echaban las uvas ya maduras, siendo éstos lo suficientemente grandes como para que las mozas se metieran descalzas en ellos, reventando las uvas con los pies para sacarles el zumo y comenzar el proceso de añejamiento (eran aquellos tiempos de fiesta). El zumo<sup>4</sup> se almacenaba en barriles en las bodegas, ubicadas algunas incluso en los sótanos de las casas de las propias familias que se dedicaban a tal negocio. Allí se esperaba el tiempo establecido para verterlos de barriles grandes a toneles más pequeños, procediendo entonces a envasarlos en garrafrones o vasijas más pequeñas aún. La leña era el medio para poder calentar el cuerpo, de conjunto con el vino, el que nunca le gustó a mi madre y al que le echaba azúcar para poderlo tomar<sup>5</sup>. No recuerdo si alguna vez habló del ordeño de vacas, cabras o del pastoreo de ovejas.

Mi madre no abordaba nunca temas tristes, era una persona con poca cultura, pero tenía una visión muy optimista de la vida. Apenas me habló de sus juguetes o acerca de diversiones juveniles en Argañín, solo hacía referencia, ocasionalmente, al clima tan frío de la región. Contaba de los tipos de panes que ella misma elaboraba y del horno que en su casa tenían.

Los domingos iba en compañía de mi abuela y su hermano a la misa que ofrecían en la iglesia católica del pueblo. En ese espacio se reunían familias de la aldea y sus miembros confraternizaban entre ellos. Creo fue en esas reuniones informales donde los jóvenes se motivaron unos a otros y conocieron de los viajes a Cuba. Nunca me comentó acerca de los esfuerzos para obtener las pesetas que costaba el viaje en barco. Sé que pudo escasamente, venir en la última clase que tenía el llamado buque Marqués de Comillas. Decía, la travesía transcurrió entre mareos y vómitos por días y días, y duró aproximadamente más de 20.

<sup>4</sup> El autor se refiere al mosto. (N.E.).

<sup>5</sup> Añeja costumbre en las noches de invierno era el beber vino caliente con miel o azúcar. (N.E.).

Las penurias dejaron entonces de ser sufridas en suelo patrio y empezaron a ser vividas en tierra cubana.

Al arribar a la isla, la tuvieron por varios días en un cuartel, donde permaneció retenida previendo el gobierno la propagación de cualquier enfermedad. En ese período las amistades podían validar la honestidad del emigrante. Creo que al Cuartel le llamaban Triscornia o Tiscornia.

Estuvo unos días en casa de familiares de las mozas que venían con ella, mientras le conseguían trabajo. Yo solía preguntarle las razones por las que se había marchado de Zamora, era entonces que le brillaban los ojos y me contestaba que le parecía se abrían sus horizontes. Llegaría a un sitio en el que no pasaría tanto frío y donde podría salir adelante por su propio esfuerzo, donde el emigrante español no sería rechazado, por los vínculos ancestrales entre ambos países, por supuesto ello no era del conocimiento de mi madre.

Inicialmente consiguió empleo como criada en casa de una familia de clase media que creo vivía en el Reparto Buena Vista (actualmente forma parte de Miramar). Allí cocinaba, lavaba, planchaba y limpiaba. Dormía en el cuarto de criados y sé era una miseria lo que le pagaban, pero no recuerdo cuánto exactamente.

Pasó algunos años así, hasta que comenzó a tener dolores menstruales y le detectaron un quiste en un ovario. La operación en una clínica privada dio al traste con los ahorritos que tenía. Pasó un curso de corte y costura y empezó haciendo su ropa y la mía. Posteriormente consigue un trabajo en un taller de confecciones, propiedad de los que se decían polacos, ubicado en la calle Amargura entre Muralla y Teniente Rey. Allí cosía y le pagaban centavos por cada pieza que hacía.

Al conocer a mi padre llamado Alfonso comenzó una nueva etapa en su vida, también español (gallego), que venía de trabajar en la provincia de Santa Clara. Comienza así el romance que se legaliza el 14 de mayo de 1936 en el Juzgado Municipal del Este de La Habana Vieja.

Mis padres se mudan para la calle Inquisidor #459, entre Luz y Santa Clara, en el mismo municipio. Para un edificio situado sobre un almacén y que anteriormente era habitado por los que en él trabajaban. Éste fue convertido en una cuartería (solar) y ellos pudieron alquilar el cuarto no. 19, en un segundo piso donde había que subir 50 escalones. (Anteriormente había sido la carbonera, donde se almacenaba el carbón), al lado estaba la antigua cocina con chimenea y todo y ocho hornillas donde se le cocinaba a los trabajadores del almacén, y donde se puso el fogón de carbón de mis padres. En dicho piso había 10 habitaciones alquiladas de forma independiente y que tenían para uso común: 2 fregadores, 2 duchas, 2 tazas de baño y un vertedero. Había un encargado de la disciplina y mantenimiento del edificio, incluyendo el cobro

mensual, así como el cierre de la puerta de la calle a las 11 de la noche y de otros menesteres.

Mi madre tenía fama de buena cocinera, y como tal estuvo empleada en varias casas. Mi padre, trabajaba de cantinero en el bar Nalón, que estaba ubicado en Tte. Rey esquina Aguacate. Su horario era de 10 de la mañana a 10 de la noche, cobraba \$45.00 mensual y firmaba la nómina por \$75.00. Sólo descansaba el domingo. El gran dilema de mi padre era que le gustaba la bebida.

Transcurría el año 1943 y a mi querida madre le empezó a “crecer la barriga”. Las familias que nos rodeaban que la mayoría eran españoles, con excepción de algún marino mercante o prostituta, se preocuparon mucho por ello y como mi madre no fue al médico, empezaron a considerar debía ser un fibroma, porque decían era machorra (*sic*)<sup>6</sup>, pues tenía 38 años casi 39. Les cuento que a mi madre la ingresaron de urgencia en el Hospital Calixto García y por allí desfilaron para ver el fibroma profesores, alumnos y hasta enfermeras, y el fibroma se convirtió en un varón que nació el 19 de noviembre de 1943. (El santoral decía Santa Isabel de Hungría y San Ponciano).

Como el niño nació con ictero<sup>7</sup> (*sic*) (amarillo) la lengua pelada y la cabeza picuda pues me sacaron con fórceps, mi futura madrina, Carmen, dijo que no me bautizaba porque me iba a morir y entonces otra vecina, Alejandrina, le dijo a mi madre que si me salvaba me pusiera Juan Bosco como promesa a San Juan Bosco, cura fundador de la Orden Católica de Los Salesianos, y entonces me bautizaron con los nombres de Juan Bosco José (éste por el abuelo paterno).

El cuarto 19 de la calle Inquisidor tuvo un nuevo inquilino, se redujo su capacidad, pues se puso una cuna de hierro que tuve que usar hasta que cumplí los 12 años de edad, aunque se me salían los pies.

Como mi madre tenía que atenderme, habló con el dueño del taller de costura y éste le daba ropa para que cosiera en la casa y así siguiera obteniendo algunos ingresos. El cuarto 19 se vio reducido con una máquina de coser marca “Singer” ya obsoleta, pues según mi madre, era de lanzadera y por eso le costó barata.

Yo crecía y pasaban los años pero los cumpleaños pasaban sin fiestas, sólo salía con mi madre a ver las vidrieras de las tiendas, ella copiaba modelos de vestidos para hacerlos después en la casa y los domingos que íbamos a misa. No alcanzaba el dinero y la salud de mis padres no era nada buena por lo que decidimos hacernos socios de Clínicas Españolas y entonces mi madre

<sup>6</sup> Hembra estéril. Dicho término no es común usarlo para personas. (N.E.).

<sup>7</sup> Ictericia, enfermedad perinatal que se caracteriza por el color amarillento. (N.E.).

me hizo socio de Hijas de Galicia junto con ella y respectivamente mi padre de la Clínica La Benéfica.

Los 6 de enero se celebraba El Día de Reyes y yo hacía mi cartita pidiendo juguetes, pues mi madre me decía que la hiciera, a ver si me traían algo. Algunas veces los Reyes Magos me traían un “paquetico”<sup>8</sup> (*sic*) de galletas de soda.

Mi madre empezó a tener casi siempre por las tardes dolores de estómago y los viajes a Hijas de Galicia en tranvía se volvieron bastante frecuentes. Como en las consultas donde la atendían no detectaban qué tenía, la ingresaron y estuvo cerca de un mes, donde le detectaron que tenía una úlcera duodenal. Ese tiempo lo pasó prácticamente sola, algunas vecinas la visitaban ocasionalmente, mas siempre muy resignada y con un gran espíritu de que iba a mejorar.

A pesar de sus dolencias y los pocos medicamentos que había para esa enfermedad, siguió trabajando para podernos mantener. En aquel entonces recuerdo que mi padre escribió a casa de la familia de mi madre en Argañín, sin haber respuesta.

Cuando cumplí los 8 años recuerdo que mi madre estaba cocinando para llevarle la comida en cantina a una familia. El almuerzo se retrasaba porque el carbón ardía muy mal. Mi madre estaba pegada al fogón y en eso chisporroteó el carbón y una chispa le cayó en un ojo. Se hizo innumerables cosas, pero el ardor era tremendo. Hubo que llevarla a la Clínica Hijas de Galicia donde la ingresaron por 17 días, pues tenía afectada la córnea. Volvió a trabajar con el mismo espíritu de siempre.

La admiraba porque siempre estaba trabajando, tratando de sobrevivir, y lo más hermoso era que nunca se quejaba, hablaba poco de Zamora, toda vez que prácticamente no había comunicación por ninguna de las partes.

Ella siempre buscaba la forma de que yo disfrutara lo mejor posible y algunos domingos tomábamos el tranvía e íbamos al Balneario que tenía Hijas de Galicia en Miramar. No nos costaba nada, solamente el transporte en el tranvía.

Al terminar el 4<sup>o</sup>. Grado mi padre se quemó una mano con una cafetera grande del bar donde trabajaba y lo botaron del trabajo. Mi madre, para remediar algo esta situación, siguió cosiendo, pero también comenzó a cocinar a un matrimonio que gustaba de su sazón y le pagaban por hacerle el almuerzo y comida.

Este problema agravó la situación económica y no había dinero para poder seguir pagando la escolita privada que había en La Habana Vieja.

<sup>8</sup> Diminutivo en “ico”, muy zamorano (N.E.).

Mis padres, con los que asistía todos los domingos a la Iglesia de María Auxiliadora en la calle Compostela esquina a Teniente Rey hablaron con el padre Francisco Erdei de la situación que había con respecto a yo poder seguir estudiando, proponiendo hacerme monaguillo y así poder estudiar 5to. y 6to. Grado en la Escuela Parroquial del Santo Cristo que radicaba en la calle Cristo y Amargura.

Cuando ingresé con 10 años en la Escuela Parroquial del Santo Cristo que era totalmente gratis y daban hasta los uniformes, también me dijeron que el que mejores notas alcanzara en 6to. Grado, es decir, 1er expediente, le daban una beca para estudiar Comercio en la Escuela San Agustín, que quedaba al lado de la Iglesia, allí se estudiaba y se pagaban las clases.

La mayoría de mis consultas las hacía con mi madre, nunca tuve en consideración su poco nivel escolar, para mí sus consejos eran los más importantes y recuerdo que me dijo:

*“Lucha para que logres esa beca, es tu futuro, tu constitución física (flaco y chiquitico) no te permite que seas estibador o hacer trabajos pesados”* y una especie de poema vino a su mente que nunca se me olvidará:

“Estudia, mi niño, estudia, aunque el estudio te abrume, que un niño ignorante es, una flor sin perfume”.

Hay un incidente relevante que considero señalar y que también formó parte de las enseñanzas de mis padres y recuerdo dos, que en la vida me han marcado y que fueron: Expresar mis ideas siempre que las considerara justas, honestidad: *pobre, pero honrado*.

En la Escuela Parroquial Santo Cristo donde terminaba la primaria, me seleccionaron para el coro. Era fuera de hora. Un buen día el padre que tenía a su cargo el coro en un ensayo nos dio un papelito a cada uno que decía: *“¿Te gusta el coro?”*, *Sí o no y por qué*. Contesté que no, porque me quitaba tiempo para estudiar y quería coger la beca para estudiar Comercio en San Agustín. Al siguiente día el sacerdote me llamó y me dijo que yo había sido el único honesto en mi respuesta, pero esto requería de una sanción y por tanto me costaría que me rebajaran del examen final 40 puntos en la asignatura de Religión. Eso me traumatizó. Yo, aspirante a obtener la beca para San Agustín, había perdido 40 puntos y por tanto tenía que sacar 100 puntos para poder obtener 60 puntos, el aprobado.

Cuando llegué a mi casa hecho un mar de lágrimas se lo conté a mi madre y ella con esa tranquilidad de espíritu me contestó que ese era el precio de mi honestidad, pero que no obstante iba a obtener la beca.

En la iglesia de María Auxiliadora recibí mucho apoyo de los curas salesianos, mientras mi madre cosía sotanas para los monaguillos, manteles para la iglesia y no recuerdo cuántas cosas más.

Para hacerme monaguillo tuve que aprender las oraciones que tenía que pronunciar en la misa en latín. Aquello fue apoteósico. Entre Victorio Cayado que era el responsable de los monaguillos y después mi madre en la casa, que aunque no sabía nada de latín me obligaba a estudiarlo.

A raíz de esa fecha venía a visitar Cuba el 5<sup>o</sup>. sucesor de la Orden de los Salesianos en el Vaticano, el Padre Renato Ziggotti. Había que prepararle una bienvenida en su idioma, el italiano. Me escogieron. Con apenas 11 años, y sin saber bien el español, tenía que decir un discurso de dos hojas en italiano. Mi madre fue mi máxima inspiradora y exigente. Recuerdo que no tenía ropa apropiada para dicha actividad y venían representaciones de todas las provincias y de otras órdenes religiosas. Era un acontecimiento histórico y yo su anfitrión.

Mi madre cogió un saco azul prusia<sup>9</sup> que se lo regaló una vecina y me lo arregló, me hizo un pantalón gris, una camisa blanca y me compró la corbata. Los zapatos me los regaló Sarita, una vecina española que siempre me quiso como su hermano más pequeño.

El discurso en italiano me quedó muy bien, y el sacerdote me abrazó y me regaló una medallita de San Juan Bosco. Cuando terminé, los aplausos fueron vibrantes y mi vista pudo contemplar a mi madre zamorana, patatita de tamaño pero grande de corazón, de pie y aplaudiendo fuertemente como si hubiera visto la obra más grande del mundo. Era su obra.

Llegaron los exámenes finales de 6<sup>o</sup>. Grado y obtuve muy buenos resultados.

Otro momento de felicidad para mi madre fue cuando en pleno teatro de la Escuela Parroquial del Santo Cristo, el día de la graduación de 6<sup>o</sup>. Grado, un día del mes de junio del año 1956 me concedieron la Beca para Estudiar Comercio en el Colegio San Agustín por espacio de 3 años.

Llegaron las vacaciones y mi madre incrementó la producción alimenticia y la clientela en la entrega de cantinas a domicilio. Ya yo tenía casi 12 años y me encargaba de repartir las cantinas, y era bastante fuerte el trabajo pues tenía que subir y bajar muchas escaleras. Pero había que sobrevivir. Me sentía útil ayudando a mi madre, pues ella no se quejaba de nada, luchaba por sobrevivir, y eso es lo que más admiración me causaba.

Cuando iban a empezar las clases en el Colegio San Agustín fuimos tres los becados que citaron para matricular. Nos dieron una lista de libros

<sup>9</sup> Color azul muy subido (N.E.).

que había que comprar, tanto en inglés como en español. Cuando llegué a la casa, mi madre vio la lista y le dijo a mi padre que hablaba bien el inglés y el francés: “*Enséñale a tu hijo cómo se dice en inglés: Yo no tengo dinero, para que mañana vaya a la escuela y le hable al padre norteamericano*”. Nosotros no teníamos dinero para comprar esos libros y el resto de los muchachos se encontraban en igual situación.

Al día siguiente nos presentamos los tres becados en el Colegio y nos llevaron delante de un sacerdote gordo y bajito, con sotana blanca, que fumaba un tabaco grande y de color verde. Le llamaban “*Father Paccito*”, y en mi mal inglés le dije *we don't have money*. El padre nos miró y nos hizo señas para que lo acompañáramos. Nos llevó delante de la Secretaria, habló con ella en inglés, nos hizo una carta para cada uno, fuimos para la librería La Moderna Poesía y nos dieron todos los libros absolutamente gratis. El esfuerzo de mi madre había nuevamente logrado sus frutos.

Comenzamos las clases en septiembre de 1956 en el Colegio San Agustín, donde la mayoría de las asignaturas eran en inglés y yo nunca lo había estudiado. Lo comenté con mi madre, y ella, como siempre, me dijo: “*Eso lo vamos a resolver pronto*”. Le hizo un vestido a una señora que lo requería urgente, estuvo cosiendo toda la noche y al otro día, con lo que cobró, me compró un diccionario inglés-español-español-inglés. Todavía lo usa mi hija.

No es falta de modestia, pero el esfuerzo y el trabajo de mi madre merecían también el esfuerzo mío. Por eso me apliqué en estudiar y sacar buenas notas. Sobre la honestidad traigo a colación una anécdota: Un profesor de inglés, de apellido Blanco, mandaba a leer en inglés y después traducir, evaluación que iba haciendo sistemáticamente. Un día que me tocó a mí, leí en inglés y al traducir al español dije una palabra incorrecta. Él me dijo, “*siéntate chico, que no estudiaste*”. Yo le contesté, “*sí, yo estudié*”. Él me miró muy serio, y yo le dije todas las acepciones que tenía dicha palabra. Sólo me dijo, “*sigue leyendo*” y me dio 5 puntos.

En el Primer año de la carrera de Comercio en San Agustín fui el 3<sup>er</sup>. expediente, y en el último año me dieron el 2<sup>do</sup>. expediente. En el verano que terminé el 2do. Año, la situación en mi casa seguía súper crítica, mi padre no levantaba cabeza y mi madre ya no podía más. Mi madre habló con un vecino y éste me recomendó para un trabajo.

Avelino, que así se llamaba el español, habló con uno de los dueños de una Textilera que había en la calle Muralla #107, e/Inquisidor y San Ignacio en La Habana Vieja y empecé junto con otro muchacho a llevar mercancías en una carretilla por toda La Habana: Monte, Galiano, Neptuno, San Rafael, y otros lugares más. Trabajaba 44 horas a la semana y me pagaban \$5.00 cada sábado al mediodía. Con eso pude aliviar algo la situación en mi casa. Y sobre

todo la carga que pesaba sobre mi madre, y quedarme con 25 centavos para ir al cine Ideal o al cine Habana el domingo.

Con los \$5.00 que cobré una semana le compré a mi madre una nevera, pues en mi casa no había nada para tomar agua fría. Mi madre se puso muy contenta. Y me dijo, “*vamos dando algunos pasitos, tú verás que llegas*”.

Me volví a incorporar al último año de comercio en San Agustín, y cuando terminé empecé a trabajar nuevamente en la Textilera hasta que apareciera algo.

Mi padre seguía enfermo y sin trabajo. Nosotros siempre comprábamos los mandados al crédito en la bodega de Pancho, que quedaba en la calle Inquisidor esquina a Luz, en La Habana Vieja. Como no teníamos para pagar fuimos a casa de Pancho que vivía con su familia en los altos de la bodega. Mi madre le explicó la situación económica por la que atravesábamos y Pancho le contestó: “*Aurora, yo la conozco a usted hace muchos años, siga comprando los mandados al crédito hasta que usted pueda pagármelos*”. No pude expresar lo que sentí al ver del prestigio que a pesar de nuestra miseria tenía mi madre en el barrio y cuando salimos le dije: “*Cuando yo sea grande y trabaje, usted solo va a trabajar para la casa*”.

La graduación de Contador del Colegio San Agustín se acordó que se haría en la Iglesia de traje blanco y lacito negro. Yo era el segundo mejor expediente de este último año, pero ni pensaba en ir a la graduación, pues no tenía traje de ningún color.

Mi madre se movilizó y habló con una mamá que tenía un traje blanco que le quedaba chiquito a su hijo. Mi mamá me lo arregló, lo mandó a la tintorería porque estaba amarillo, me hizo la camisa blanca, los zapatos me los regaló la gallega Sarita y mi madre sólo tuvo que comprar el lacito.

Así fue como en junio de 1959 me gradué de Contador Privado en el Colegio San Agustín. Mi madre siempre ahí.

Los domingos seguíamos asistiendo a misa y allí mi madre conoció a una señora cuyo esposo era notario y habló con ella para ver si podía conseguirme trabajo. La respuesta no se hizo esperar, y el Dr. Oscar Ledesma Valdés, Notario Público y con Oficinas en la calle Oficinas entre Teniente Rey y Amargura, me citó a finales de septiembre de 1959. Tenía también a su cargo el Opto. Legal del Banco Agrícola e Industrial que quedaba en la esquina de Tte. Rey y Oficinas.

Me examinaron de taquígrafo-mecanógrafo y me dijeron que servía para la plaza y que me pagarían \$70.00 mensuales. Podía empezar el 1ro. de Octubre de 9 de la mañana a 1 de la tarde y de 3 a 7 de la noche. Llegué a mi casa loco de alegría y entonces le repetí a mi madre las palabras que hacía dos años le había dicho: “A partir del 1<sup>ro</sup>. de octubre usted no trabajará para nadie

en la calle. Sólo para la casa”. Desde ese momento se produjo un giro total en mi familia pero muy especialmente a favor de mi madre.

El día 25 ó 26 de Octubre, cuando el Dr. Ledesma me mandó a pasar para cobrar, las piernas se me doblaban. Me extendió mi cheque por \$70.00 y me dijo: *“Esta carta que redactaste está muy bien, pero tiene una falta de ortografía, pues le falta el acento a una palabra”* y de inmediato sacó su pluma Parker-51 y se lo puso con tinta. La próxima vez la rompo. Con mi primer salario llegué a casa, le entregué todo el salario a mi madre y entonces empezamos a pensar en qué íbamos a hacer.

Esa noche fuimos a casa de Pancho, el dueño de la bodega que nos había estado fiando por más de un año y le dije que a partir de ahora ya yo había empezado a trabajar e íbamos a ir amortizando la deuda que teníamos con él con \$20.00 mensuales, que por favor, los fuera rebajando de la libreta donde se anotaba todo lo que se compraba diariamente. Él solo contestó en presencia de toda su familia, compuesta por su esposa, dos hijos y dos nietos. *“Yo no me equivoqué con esta familia, son de ley”*.

El sábado fuimos a la tienda de Efectos Electro-Domésticos que quedaba en la calle Muralla casi esquina. a Cristo, se llamaba Humara y Lastra y compramos un radio RCA-Víctor verde oscuro de lo más bonito, que nos costó \$80.00 a plazos. Ya mi madre podía oír las novelas y la música española que tantas añoranzas le traían.

En el mes de Diciembre de 1959 el Dr. Ledesma nos llamó a cobrar antes de fecha. Se acercaban las navidades. Me pagó los \$70.00 del mes y \$35.00 de aguinaldo de Fin de Año.

Decidimos comprar un colchón nuevo para la cama de mis padres, así como muchas cosas para celebrar la Navidad, como jamón, queso amarillo, vinos, dátiles, higos, turrone y qué más contar. El día 24 de diciembre, día de Noche Buena, mi madre no se sentía bien del estómago, seguía con sus dolores. Tanto con que contábamos para celebrar y sin embargo no cenamos nada. Lo único que nos comimos mi padre y yo, fue un queso amarillo de cáscara roja que habíamos comprado y pesaba una libra. Esa noche fui solo a la misa del Gallo, que se celebraba a las 12 de la noche. Ahí aprendí que vale más la salud que los bienes materiales.

Mi madre me sorprendió el día de mi cumpleaños. El 19 de noviembre, cuando cumplía 16 años, me mandó a hacer el anillo de graduación que se hacían los contadores cuando se graduaban. Yo no pensaba que mi madre se iba a acordar de eso, era especial. Aquello me enorgullecí, me recordaba los esfuerzos realizados y podía recordarlos a diario.

Así fuimos mejorando económicamente. Mi padre comenzó a trabajar en enero de 1960, en el Hotel Sevilla Biltmore, (de él no había contado nada y creo que merece un párrafo aparte).

Como conté al inicio, mi padre también vino de España, oriundo de una familia industrial, su padre, en Santiago de Compostela, tenía una carpintería y una funeraria. El padre, según lo poco que me contaba, había muerto siendo él muy pequeño. Su madre falleció también siendo él pequeño, y entonces la patria potestad la asumió su hermano mayor, el cual invirtió la parte de la herencia de mi padre en que estudiara en los Salesianos de Santiago de Compostela, donde entre otras cosas aprendió inglés y francés. Tenía una hermana llamaba Pastora, que era mi tía.

Emigra a Cuba, pues al concluir los estudios tenía la edad para pasar el Servicio Militar y cuando aquello los mandaban a Marruecos a luchar contra los moros<sup>10</sup>. Cuando llega a Cuba también lo retuvieron en Tricornia y de allí se fue con unos paisanos a trabajar a Santa Clara. Trabajó como cantinero y después como intérprete por cuenta propia. Era un hombre capacitado para aquel entonces, pero poco luchador y con el vicio de la bebida. Creo que esa fue una de las causas por las cuales mi madre pasó tanto. Yo lo sufrí mucho, aunque ella aguantó mucho también.

Comenzamos el año 1960 y conocido el padecimiento de mi madre conseguí un médico particular que se nombraba Galigarcía, quien logró con nuevo tratamiento notables mejorías con respecto a su úlcera duodenal.

Le celebramos por primera vez que yo recuerde en mis 16 años un cumpleaños a mi madre, que el 1ro. de marzo cumplía 55 años.

Me motivó para que empezara a hacer ejercicios, era pequeño y muy delgado. No tomaba leche de vaca, y siempre me peleaba por eso. Empecé a leer bibliografía sobre el tema de cómo desarrollarse físicamente y llegué a tomar 2 litros de leche diarios.

Se aproximaba el mes de mayo y con él, el día de Las Madres, y yo estaba loco por regalarle a mi madre un refrigerador. Fui con una vecina a la tienda donde había comprado el radio Humara y Lastra y escogimos un refrigerador nuevo marca Westinghouse de 9 pies. La compra tenía que ser a plazos, con una entrada de \$100.00. Hablé con el Dr. Ledesma y le pedí me adelantara \$70.00 para comprarle un refrigerador a mi madre. Sólo me preguntó cómo se lo iba a pagar y le dije que a \$10.00 mensuales porque tenía que pagar la mensualidad del refrigerador. Le di las gracias y me incorporé a mi trabajo. No le dije nada a mi madre sobre el regalo del Día de Las Madres, y el sábado víspera de tan hermoso día, llegaba a la puerta de la calle Inquisidor #459, entre Luz y Santa Clara a las 4 de la tarde aproximadamente un camión. Se bajaron 3 hombres y preguntaron por el nombre de Aurora Fadón. Mi

<sup>10</sup> Tema recurrente en muchos de los relatos, no querer hacer el Servicio Militar en las dos primeras décadas del S.XX ante la guerra de Marruecos.

madre se quedó muy sorprendida y preguntó si no era una equivocación. El empleado le dijo que no, entonces me miró y se echó a llorar. Creo fueron las primeras lágrimas de felicidad de mi madre. Para subir el refrigerador hasta aquel segundo piso fue una odisea, y pasarlo por aquel pasillo estrecho con una baranda de hierro que amenazaba caerse fue algo histórico. Por fin llegó el refrigerador a la habitación donde casi ya no cabíamos. El empleado nos orientó acerca de cómo funcionaba. Era hermoso, blanco por fuera y forrado por dentro, puerta y todo de un material plástico verde claro o azul claro. Aún se mantiene en uso en casa.

Seguimos mejorando económicamente. Compramos una cocina, un canapé para salir de la cama de hierro que ya no cabía y hasta un ventilador. El Dr. Ledesma me sorprendió cuando en tres ocasiones le dije que me descontara el \$10.00 mensual del anticipo para el refrigerador y ya por último me dijo, “mira, yo no te voy a descontar nada porque lo que uno hace por una madre no tiene precio”. El también quería mucho a su madre.

Empecé a estudiar Contador Profesional por las noches, de lunes a viernes. Me sentía realizado. Salíamos en grupo de la escuela por las noches e íbamos a clubes a oír descargas, y los fines de semana al cine, teatro, restaurantes, etc.

El trabajo en la Notaría empezó a decaer y los préstamos que hacía el banco para el tiempo de zafra fueron eliminándose. Un día el Dr. Ledesma nos llamó de forma individual y cuando me tocó mi turno me dijo, “*me voy del país, pues estos negocios van a desaparecer, si quieres irte yo te pago los trámites legales y el pasaje. Vámonos para Puerto Rico que allí vamos a triunfar*”. Le pregunté por mis padres, y él me contestó *que después me los llevara*. Yo le pedí que me dejara pensarlo.

Salí del trabajo y me senté en el muro del malecón, frente a la Lonja del Comercio. Me puse a pensar en que mis padres habían emigrado a Cuba hacía muchos años, yo era lo único que tenían pues no había más familiares en Cuba. Mis padres se carteaban de vez en cuando con mi tía Lourdes, pero de Zamora sólo recuerdo que una vez mandaron una foto con toda la familia sentada como en unos bancos a la salida de la casa, todas las mujeres estaban vestidas de color oscuro y con unos pañuelos amarrados a la cabeza, los pocos hombres se veían mal vestidos y con caras todos de sufrimiento. Aquella foto me impactó, y todavía la tengo en mi mente. Mi madre me señaló cuál era mi abuela. Después no sé qué hizo mi madre con la foto. Al poco tiempo llegó una carta donde hablaban de la parte de la herencia que le correspondía a mi madre de las tierras que tenían en Zamora. Mi madre les contestó que ella renunciaba a su parte y hasta ahí supimos de su familia en Zamora.

Hablé con mi madre y le conté la propuesta hecha por el Dr. Ledesma de irme de Cuba y después llevármelos a ellos. Yo tenía mi decisión, pero quería

oír su opinión. Ella sólo me dijo, y con mucha firmeza, *que hiciera lo que mejor considerara para mí.*

Regresé al trabajo y le contesté al Dr. Ledesma que le estaba muy agradecido por su ofrecimiento, que me quedaba. Mi razón principal era no abandonar a mis padres que eran mi única familia en Cuba. El Dr. lo entendió y me pagó 3 meses de salario para que buscara otro trabajo. Mi madre no tocó más el tema, se veía igual, aunque internamente sentía la ida del Dr. Ledesma y su familia.

Los vecinos que vivían en el mismo solar, pero en dos habitaciones más grandes y con balcón a la calle y más independiente construyeron una casa en Lawton y le dijeron a mi madre si le interesaba mudarse para allí. Mi madre hizo las gestiones con el Sindicato de Gastronomía, que era al que pertenecía mi padre y le asignaron un cuarto, pues decían que había mucha necesidad de vivienda.

En aquella época el cuarto que ocupábamos pasaba a disposición del CDR y mi madre habló con su Presidenta, Juana Gandulla, la cual conocía hacía como 30 años a mi madre del barrio y le cedió el cuarto al Sindicato Gastronómico y entonces nos dieron los dos cuartos a nosotros solos.

Mi madre era bajita, blanca, de pelo negro y más bien delgada. Su acento tenía todavía el deje español y era, según ella decía, una zamorana de Castilla La Vieja<sup>11</sup>, luchadora y sacrificada.

En el año 1963 me gradué de Contador Profesional y ya trabajaba en la Empresa Consolidada Automotriz del Ministerio de Industrias que radicaba en Avd. de Boyeros y calle 100. Primero como Auxiliar de Personal y después como Auxiliar de Contabilidad. Ya ganaba \$150.00 mensuales y me matriculé por la noche en la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Habana para estudiar Contador Público.

A finales del año 1963 se dictó la Ley del Servicio Militar Obligatorio (S.M.O.) que tenía una duración de 3 años. En febrero de 1964 fui llamado a una entrevista en el Comité Militar. Allí un teniente que me entrevistó al final me felicitó porque había sido seleccionado para integrar el 1er. llamado al S.M.O.

No entendía que yo con 20 años, trabajando, estudiando en la Universidad fuera reclutado a ganar \$7.00 mensuales y a portar armas. Yo, que desde un inicio le dije al teniente que a mí lo que me gustaba era la contabilidad, nada de armas. Que estaba dispuesto a defender mi patria pero no con las armas. Todavía, y a pesar de los años transcurridos, no puedo entenderlo.

<sup>11</sup> Zamora perteneció históricamente al reino de León, hoy está integrada en la Comunidad Autónoma de Castilla y León (N.E.).

Cuando le di la noticia a mi madre lo hice en un tono enérgico, restándole importancia. A ella se le aguaron los ojos, pero de allí no pasó. Sí, en varias ocasiones la vi llorando, y siempre le daba ánimo. Las especulaciones en aquel entonces eran muchas.

El 30 de marzo de 1964 salía en un camión militar de un lugar llamado El Pontón, que queda por la calle Manglar cerca de la plaza de Cuatro Caminos con destino desconocido. Allí sí me abracé a mi madre, besé a mi padre y me despedí de algunos amigos y compañeros de estudios. Nos llevaron para Colinas de Villarreal, cerca de Tarará donde estuve por espacio de 15 días en entrenamiento.

No supe nada de mis padres hasta la visita que organizaron por el día de las madres en una finca que había sido de Batista que se llamaba El Dique, creo que era por el Cotorro. Allí citaron a los padres para que fueran por sus medios a ver a sus hijos. La cantidad de personas en aquel lugar era indescriptible, yo buscaba y buscaba y no veía a mi madre ni a mi padre. Al cabo de una hora me pasó por el lado mi madre, pero ni me conoció. Imposible, la pobre, yo vestía un uniforme verde olivo de confección soviética en el que cabían dos yo. Había perdido 17 libras y estaba prieto como si hubiera ido a la playa. Cuando la vi le dije:

–*Vieja, soy yo.*

Entonces fueron los llantos.

Dicen que todo viene junto, y por ese tiempo mi padre casi cumpliendo los 59 años se enfermó seriamente del estómago y lo mandaron a jubilar. El ingreso en mi casa se redujo a \$52.50 mensuales, que era el 50% del salario de mi padre por enfermedad y después fueron \$60.00 mensuales de jubilación.

Mi madre gestionó con el Comité Militar la necesidad de mi baja del SMO por problemas familiares y yo por la Unidad Militar hice una carta y quedaron en darme la baja, pero nunca llegó.

Pasaron dos años y nada. Mi pobre madre vendía los cigarros, la leche, ropa y de cuanta cosa se pudo deshacer para sobrevivir.

Vino el reenganche en las FAR y me acogí a él, me empezaron a pagar \$134.00 mensuales y estabilizamos algo las cosas, pero mi padre seguía mal y mi madre empezó a decaer.

El 31 de diciembre de 1969 me desmovilicé y volví a la vida civil y no hacían falta contadores. Me ubicaron de Llenador de Carro Tanque en el ICP.

Mi padre comenzó a presentar problemas con la próstata y le detectaron cáncer de próstata. De la operación salió muy bien, pero su mente se perdió por completo. Los gritos que daba que lo estaban matando eran horribles, amén de que no controlaba el esfínter y se ensuciaba.

Las vicisitudes se incrementaron: viviendo en un solar con escasez de agua, mi madre ya enferma, mi esposa y yo, recién casados, los salarios bajos,

la ruptura del colchón y la cama cama, la puesta de dos canapés independientes, mi madre convertida prácticamente en la enfermera de mi padre y yo en el lleva y trae al hospital. Todo esto lo resistimos mi madre, mi esposa y yo. Fueron años de lucha.

Se agudizó la escasez de agua en La Habana Vieja y tenerla que cargar y después subirla 50 escalones fue una constante tanto para mi esposa como para mí.

Mi padre siguió complicándose y el 26 de septiembre de 1976 falleció y sus restos descansan en el Panteón de la Sociedad Benéfica Naturales de Ortigueira. Tenía al morir 72 años.

Estábamos afectados tanto física como mentalmente, pero como es lógico la mayor afectada fue mi madre. Para no hacerla inútil y que pensara menos le dábamos ciertas tareas, como ir a buscar el pan, y otras boberías, pero entonces comenzó a padecer según los médicos de demencia senil y se perdía por el barrio diciendo que iba para Zamora. Las veces que tuve que buscarla fueron incontables, y decidimos cerrar la puerta para que no fueran a atropellarla, pues tanto mi esposa como yo teníamos que seguir trabajando para vivir.

Sí recuerdo que en 1973 me gané un Televisor por el Centro de Trabajo y entonces por las noches nos sentábamos y mi madre disfrutaba mucho de los programas españoles, y la llevábamos al teatro en ocasiones cuando venían artistas españoles como Los Chavales de España, entre otros.

El tratamiento no lograba los efectos deseados, y como carecíamos de otros familiares, logramos ingresarla en el asilo de San Francisco de Paula, que queda en la calle Mayía Rodríguez, casi llegando a Seguridad del Estado, en el Sevillano. Las atenciones que recibió por parte de las monjas de la Caridad son inenarrables, ellas cuidaron a mi madre mejor de lo que yo pudiera. Recuerdo que podía visitarla a cualquier hora siempre antes de las 8 de la noche y yo iba dos y tres veces a la semana, aparte del sábado o el domingo y siempre estaba limpia, impecable, pero su cabeza se había perdido. Sólo decía, según me contaban las otras pacientes de la sala, el nombre de “Juanito” y “quiero irme a Zamora”.

Yo hablaba mucho con las monjas, sobre todo con la madre superiora Sor María Rita y con la enfermera Sor Mercedes, otra madre que estaba sola al frente de aquella sala.

Muchas veces, cuando me llamaban al trabajo o al vecino, me decían que mi madre estaba enferma, que cuando pudiera fuera a verla. Yo volaba sin alas, y cuando llegaba a la sala ya a mi madre la había visto el medico, la había medicado y se lo estaban dando. Aparte, una monjita sentada al lado de su cama la velaba día y noche. Los tratamientos con antibióticos que le mandaban eran caros, y nunca, a pesar de mi insistencia, aquellas santas me

cobraron un centavo por cuidar a mi madre. Mi único aporte económico se limitaba a \$60.00 mensuales de pensión que recibía mi madre.

Cuando mi madre se agravó ellas me lo hicieron saber y no dejaban que me quedara. Mi esposa estaba próxima a dar a luz, pronto iba a ser papá y mi esposa requería atención.

Nació mi hijo el 24 de septiembre de 1981, día de Las Mercedes, y mi madre falleció a la semana de haber sido yo papá.

Las monjas se hicieron cargo de todo, inclusive fue enterrada en un panteón propiedad de las monjas en una de las calles centrales del Cementerio de Colón.

Así concluye esta vida llena de trabajos, esfuerzos, sacrificios, añoranzas y abnegación de mi madre zamorana, de Castilla-la Vieja, como ella decía. Falleció a los 76 años con la añoranza de volver a la tierra en la que había despertado por vez primera.

Mi madre no resultó una estudiante talentosa, pues apenas pudo estudiar. No resultó una figura bella y escultural, famosa o popular. No lo era, sin lugar a dudas. Sus verdaderos valores estaban dentro de sí, fue una gran madre y sobre todo la directriz de nuestro pequeño núcleo familiar.

Pienso que haber emigrado en busca de mejoras económicas no implicó para ella el abandono de sus tradiciones o de su cultura. Fue ello en todo caso lo que le permitió, en otra región históricamente cercana a la suya, salir adelante.

Su vida no podemos decir que haya, precisamente, sido hermosa, mas su fortaleza espiritual forjó al hombre que escribe estas páginas, que se ha conmovido narrando esta tal vez un poco triste historia y espera tras el fin de su existencia retribuirle con estas letras su constante abnegación, dedicación, amor y entrega.

Descanse en Paz.